

# OŚWIĘCIM

MALÉN ÁLVAREZ

Los árboles no se doblan con el viento.  
Ni se mueven sus hojas con la brisa,  
Porque solo aspiran a dejar en el suelo  
El horror que contemplan sus raíces.

El sol no me ciega y ya es mediodía.

Tengo que comprarle unas botas al niño, estas azules están ya tan desgastadas. Todas las noches les doy crema y les saco brillo, y meto muy apretadito papel de periódico para que no se deformen.

Cuando lo meto en su cama, y cojo los zapatos para limpiarlos, sus botitas aún conservan el calor tibio de su pie blanco y pequeño. Tienen las suelas gastadas, y la puntera está perdiendo la piel... todo el día arrastrándose por el suelo.

Mañana le compraré unas botas para el invierno, y puede que de paso me vea algo para mí.

Aquellos zapatos que me gustan tanto y que miro siempre que paso por el escaparate.

Estos que llevo necesitan medias suelas y han ido, perdiendo el brillo.

Sí, mañana, y luego nos vamos al parque, a pasearnos con nuestros zapatos nuevos, a buscar a su padre cuando salga del trabajo.

¿Recuerdas? Se me enredó la trenza entre manos.

Tu juego era deshacerla, dejar que aquel pelo de seda resbalase entre tus dedos como agua.

Luego yo la hacía apresuradamente antes de irme a casa, pero mi madre, al verme, sonreía de soslayo porque entre los finos mechones sueltos en la nuca aún se adivinaba la sombra de tus labios.

¿Recuerdas? Éramos tan jóvenes que el amor no pasaba de las manos, y yo las enredaba entre tu pelo fuerte, y lo olía y lo besaba.

El sol de aquellos días nos juró amor eterno. Y una tarde tras otra deshiciste mi trenza; prometiéndote entonces que no la cortarías nunca.

¿Lo recuerdas?

Si no encuentro las gafas no podré leer el periódico. Ya no sé dar un paso sin ellas.

Solo hace un año que me las pusieron y es como si las hubiese llevado toda mi vida.

Al final del día, cuando me las quito, ya de noche, para irme a la cama, tengo en la nariz, a cada lado del hueso una señal enrojecida, los cristales son gordos, y aunque la montura no es muy pesada son muchas horas.

¿Dónde habré puesto las gafas? Con ellas otra vez he vuelto a leer los nombres de las calles: sw. Tomasz. Garbarska, Pawia, sw. Jana...

Si no encuentro mis gafas no puedo dar un paso, ni ver con nitidez la cara de mi mujer, no soy nada.

Si no encuentro mis gafas...

No se te olvide poner el nombre a las maletas. Luego, en el tren, con tanto jaleo pueden perderse. En Navidad todo el mundo se mueve y fíjate qué desastre si cuando lleguemos al campo, a casa de mis padres, nos han perdido la de los niños. ¿Qué hacemos, volver a Cracovia a comprarles ropa? Imagina que perdemos sus juguetes, como esta Anna con su muñeca nueva. No quiero ni pensarlo.

Todos los años lo mismo, abrir maletas, llenarlas, cerrarlas, siempre con ellas auestas, ¿Te has fijado en esta? Tiene los bordes desgastados, y los cierres están empezando a fallar.

Toma, ponle a esta nuestros nombres, y la dirección por si se perdiera.

Y luego a la vuelta lo mismo. Tanto viaje, las pobres maletas...

Camino por los pasillos velando vuestros sueños. Un frío desordenado me acompaña.

Camino sin ganas observando la tristeza de unos zapatos desgastados, de cientos, de miles de zapatos desgastados.

Y no quiero, no tengo tiempo de saber sus historias.

Más allá hay maletas vacías, amontonadas, sin destino sin rumbo, sin esperanza.

Y gafas vacías.

Y trenzas amadas, que algún día el amor deshizo lentamente.

Sus miradas se amontonan más allá de los pasillos en un aleteo tibio que este sol no calienta.

Tienen rota la sonrisa, como la muñeca de Anna. El sol apenas es una triste moneda desgastada.

Auschwitz, primavera, 2005